

TRAS EL DISCURSO DE CASTRO SOBRE EL «CASO HEBERTO PADILLA»

REACCION EN BARCELONA Y PARIS

A principios de mes, el primer ministro cubano, Fidel Castro, en su discurso de clausura del Congreso Nacional de Educación habló bastante duramente en referencia a los problemas de ciertos intelectuales con la revolución.

Dijo que los intelectuales que ejercieron oposición son agentes interiores del «neocolonialismo cultural», y declaró cerradas las puertas de Cuba a los escritores que desde el extranjero se irrogaban la facultad de juzgar los hechos producidos en Cuba. Se da la circunstancia de que varios intelectuales se habían mostrado solidarios siempre de la revolución cubana, varios de ellos habían visitado Cuba en distintas ocasiones y algunos fueron exhortados por las autoridades cubanas para neutralizar desde sus centros de actividad los ataques dirigidos contra Cuba. Al menos esto es lo que hemos podido leer en la información de prensa que nos han llegado.

Ahora salta la noticia de que el escritor peruano Mario Vargas Llosa, afincado en España, ha dirigido un escrito a la directora de la «Casa de las Américas», de la Habana, presentando su renuncia como miembro del Comité de la revista que edita la citada institución, comité al que pertenece desde 1965.

Hablamos con Mario Vargas Llosa: —¿Cuándo fue enviada esta carta de renuncia?

—No la envié sino que la entregué aquí en mano, en el Consulado de Cuba. El cónsul no conocía el contenido, pero prometió hacerla llegar a su destino lo antes posible.

La carta tiene párrafos muy duros. Por ejemplo, se pregunta: «¿Tanto le ha irritado nuestra carta pidiéndole

que esclareciera la situación de Heberto Padilla? ¡Cómo han cambiado los tiempos! Recuerdo muy bien la noche que pasamos con él hace cuatro años y en la que admitió de buena gana las observaciones y las críticas que le hicimos un grupo de esos «intelectuales extranjeros» a los que ahora llama «canallas».

«De todos modos —añade— había decidido renunciar al comité desde que leí la confesión de Heberto Padilla y los despachos de prensa latina sobre el acto de la UNEAC, en el que los compañeros Belkis Cuza Male, Pablo Armando Fernández, Manuel Díaz Martínez y César López hicieron su autocritica. Conozco a todos ellos lo suficiente como para saber que ese lastimoso espectáculo no ha sido espontáneo sino prefabricado como los juicios stalinistas de los años treinta. Obligar a unos compañeros, con métodos que repugnan a la dignidad humana, a acusarse de traiciones imaginarias y a firmar cartas donde la sintaxis parece policial, es la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la revolución cubana: su decisión de luchar por la justicia sin perder el respeto a los individuos. No es éste el ejemplo de socialismo que quiero para mi país.»

Vargas Llosa, finaliza: —No tenía otra cosa que hacer, me sentía muy directamente aludido. No tenía ningún sentido el que yo continuara ligado al Comité. El asunto de Padilla es lamentable y esta carta de renuncia es una forma de protestar contra él. Ojo: protesto contra un hecho concreto; pero no quisiera que pudiera interpretarse como un acto de hostilidad hacia la revolución cubana.

LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES

Con el mismo motivo hemos intentado hablar con varios de los intelectuales españoles que pudieran sentirse también implicados —más o menos directamente— con las declaraciones de Castro.

José María Castellet está fuera, en París; no regresa hasta la próxima semana.

Carlos Barral, muy ocupado ahora con la organización del premio literario que lleva su nombre, nos dice que está a la espera de información más concreta antes de tomar una posición:

—Mi postura personal es, de momento, la abstención. No voy a firmar ahora, no voy a enviar ninguna carta ahora, porque no tendría ningún sentido escribir sin poseer información de primera mano.

Por su parte, José Agustín Goytisolo abunda en parecida opinión:

—Estoy esperando la documentación que, muy amablemente, me ha ofrecido enviar la Embajada cubana. Tan pronto tenga todo ese material podré adoptar alguna posición.

Hemos intentado hablar con Cortázar, de quien tenemos noticia que ha enviado también una carta a la Casa de las Américas. Pero en el domicilio parisiense de Cortázar nadie atiende al teléfono.

La reacción a las palabras de Fidel Castro, aunque se ha hecho esperar, se está produciendo a escala internacional.

María-Cruz HERNANDEZ

DIAS DE VARIA LUZ

PALABRAS PARA JULIA

ENCONTRE a Julia en una cafetería elegante de Argüelles, a dos pasos de Princesa. Fue durante un reciente viaje a Madrid. Me apetecía un aperitivo refrescante y sólo entrar la descubrí sentada a una mesa de la izquierda con el cigarrillo en los labios, el whisky al alcance de la mano y aparentemente embebida en las páginas de una revista de actualidad. Vacilé antes de abordarla. ¿Era «realmente» ella, la Julia que a lo largo de cinco cursos había compartido con nosotros, sus compañeros, ideales, ilusiones, temores e inconsciencias?

Finalmente me acerqué. Julia levantó los ojos, medio ahogó una exclamación de sorpresa y nos abrazamos. Vinieron las preguntas atropelladas, más tarde las inevitables idas y venidas del presente al pasado y viceversa, los «¿te acuerdas de... o cuando...?». Pedí un whisky con mucho hielo, y Julia repetió con otro whisky a secas. Lucía ojeras que el maquillaje apenas si lograba ocultar. Descubrí los hilillos de las primeras sinuosidades marcadas en la frente y en las comisuras de los ojos. Julia rondaría los treinta y un años. Cuando nos perdimos de vista, recién acababa de cumplir los veinte. Estaba ahora más esbelta, más elegante y como más segura de sí misma, pero su mirar había perdido frescor y los ojos eran de un mate ceniza. Le pregunté qué hacía en Madrid, qué era de su vida. Julia capeó las preguntas devolviéndolas y obligándome a contestarlas.

Luego me dijo que venía cada día a esa cafetería a tomarse unas copas cuando cerraba la tienda. Había puesto una «boutique» en Gran Vía y le iba bien. Recordé que Julia se había casado poco después de acabar la carrera. Me interesé por su marido. Y Julia se limitó a encoger los hombros y a sorber un trago largo de whisky. Se hizo el silencio. Me sentí incómodo. Adiviné la proximidad del instante en que Julia se liberaría del fingimiento. «Nos separamos hace ocho años y no he vuelto a saber de él», dijo. Le temblaron perceptiblemente los labios.

—Ahora ya me ves. No soy nada. Trabajo mucho, gano dinero, vivo bien, ceno con amigos, procuro divertirme, bebo lo que me apetece, me esfuerzo en no pensar demasiado, y cuando quiero dormir tengo pastillas en la mesita de noche.

Me lo dijo así, creo que con las mismas palabras, con forzada indiferencia, sin mirarme. Me dolió. ¿Qué ha sido de ti, Julia? Cuando te conocí eras una chiquilla que habías cursado el Bachillerato en el colegio de Las Damas Negras, una escuela elegante porque tu padre negociaba en chatarra y vuestra posición era excelente. Tú habías sido Hija de María o algo por el estilo, pero llegaste a nosotros sin complejos aparentes, eras receptiva, inquieta, pronta al entusiasmo. En muchos aspectos eras distinta de las otras chicas. De un viaje a Francia trajiste a Baudelaire junto a Boris Vian, y te sumergiste en ellos como antes lo habíamos hecho en Camus y Sartre pasados de mano en mano, a hurtadillas, mientras los discutíamos apasionadamente bajo las palmeras de la Plaza Letamendi, y nos enfrascábamos hablando enfáticamente de la libertad, de la pureza de la mente, de nuestro pasado y de las inquietantes fosquedades del destino, de las trampas de la cotidianidad y de la necesidad de no cejar en la lucha para zafarnos de ellas y permanecer incontaminados. Tú eras la única chica que pensabas así, y por eso fuiste siempre, para nosotros, simplemente Julia.

—Si te dijera que llevo años sin releer a los autores que entonces me

«llenaban»... Es como si hubieran dejado de servirme. Pero no, tampoco es eso. Soy yo la que no les sirvo, la que me he alejado de ellos y ahora temo volver porque sé que me iban a reprochar el que me haya dejado arrastrar por la corriente. Ahora me conformo con leer una y otra vez un solo poema que parece haber sido escrito para mí. Seguramente lo conoces. Es de José Agustín Goytisolo y se llama «Palabras para Julia». Me lo sé de memoria porque necesito creer en su esperanza, sentirla como si fuera mía y pensar que esa Julia soy yo. ¿Por qué crees que lo titulé así? ¿Es posible que conociera a una Julia que necesitara de esas palabras?

*Tú no puedes volver atrás,
porque la vida ya te empuja,
como un aullido interminable.*

Fue la vida la que empujó a Julia. La vida despojada de trascendencia metafísica. La historia que Julia me contó es vulgar, un calco, con muy ligeras variantes, de tantas historias de renuncia. Julia era el fruto lógicamente inmaduro de dos modos irreconciliables. Por una parte la familia de adscripción burguesa, conservadora, apegada a las tradiciones que de tanto repetirse se han vaciado de significado, pese a lo cual es preciso cumplirlas como si de un rito se tratara, con su carga de rutina, con sus fingimientos, sus tabús y sus inhibiciones. Por la otra la Facultad, cerrada pero con resquicios suficientes para que la introdujera en los alejados de un vasto universo intelectual, que de alguna manera la enseñó a ponerlo todo en solfa, a conocer los incentivos del contraste, la sugestión de los ideales, la pasión de la rebeldía, el entusiasmo por la evolución, el ansia de hacer las cosas mejor de como le habían sido ofrecidas...

*La vida es bella, ya verás,
como a pesar de los pesares
tendrás amigos, tendrás amor.*

Julia tuvo amigos. Y creyó alcanzar el amor. Julia no era escéptica. Todavía no. Se casó por amor con un muchacho de su clase, economista, que habían de suceder a su padre en el negocio. Se instalaron en Tarragona. A los dos años, sin haber tenido hijos, Julia llegó a la conclusión de que no podía seguir representando «únicamente» en la escena social el papel de esposa acomodada, señora de hogar, directora de servidumbre y anfitriona eficaz. Se sintió pavorosamente vacía. El amor en el que había creído, quedó en nostalgia de un sueño irrecuperable. No quisieron o no pudieron comprenderla.

*Te sentirás acorralada,
te sentirás perdida o sola,
tal vez querrás no haber nacido.*

Marchó dispuesta a ser útil. Las propias dudas la atormentaban hasta el enloquecimiento. ¿Dónde estaba la verdad de los ideales? ¿Cómo realzarlos sola en un medio hostil que absorbe o rechaza sin términos medios? ¿Cómo luchar por ellos y por sí misma?

*Otros esperarán que resistas,
que les ayude tu alegría.*

Quiso descubrir por sí misma a esos «otros» que precisaban de su ayuda, pero o no los halló, o quienes llegaron a ella lo hicieron atraídos por algún interés confesado o inconfesable. Trabajó dos años en calidad de traductora de las Naciones Unidas en Ginebra. Después marchó

a Colombia, formando parte de una comisión técnico-sanitaria que participaba en el programa de lucha contra la mortalidad infantil. Se perdió de nuevo en el laberinto de la sinceridad en convivencia con la hipocresía y los intereses. Luego creyó en Camilo Torres y admiró al Che, cuando el primero era abatido en la propia Colombia y el otro en las colinas bolivianas.

*Nunca te entregues, ni te apartes,
junto al camino, nunca digas:
no puedo más y aquí me quedo.*

Julia dijo no puedo más y se entregó. Creyó que todo era mentira y que

*Un hombre solo, una mujer,
así tomados, de uno en uno,
son como polvo, no son nada.*

Todo había fallado, no era nada, y la postrera alternativa la llevaba a entregarse sin condiciones. La Julia entregada es la que tuve ante mí, desencajada, dolorida por el encuentro con el pasado de hace sólo diez años. Ahora, dice, es una mujer independiente, sin prejuicios, alegre con los amigos, ideal para no desentonar en los saraos, que aguanta bien el alcohol y busca en la poesía de José Agustín Goytisolo, el enigma de esa esperanza que el tiempo ha engullido como el trago que vacía el vaso.

—¿Quién crees que será la Julia a quien Goytisolo dedica sus palabras? Claro que en el fondo no me importa. Las leo convencida de que las escribió para mí, sólo que me llegaron demasiado tarde porque yo ya no estoy en el camino. El sí, lo dice bien claro, pero no yo. O puede que mi camino sea distinto. Es otro. Tú me comprendes, ¿verdad?

Quisiera no tener que hacerlo y poder volver atrás para reencontrar la Julia de entonces junto a todos nosotros de entonces. Sólo que no es posible. Aquella imagen de daguerrotipo antiguo pertenece al pasado. Los años, el medio con sus terribles incitaciones, las leyes no escritas, la debilidad de cada uno, la conciencia de la inutilidad, el desgaste del esfuerzo, todo arrastra a la claudicación. Algunos pocos seguimos todavía en el camino, obstinados, sacando fuerzas del escepticismo, aferrados a la ilusión de las inquietudes; otros se agarran a la rendija para impedir que la puerta se cierre definitivamente y sobrevenga la oscuridad. Por eso entendí lo que Julia quiso decirme. Pero Julia añadió que no deseaba mortificarse más, y que debíamos celebrar el que la casualidad nos hubiera reunido de nuevo. Cenamos juntos en un restaurante cercano a la Casa de Campo y más tarde la acompañé hasta su casa de barrio elegante. Al despedirnos, el aire olía a asfalto recién mojado. De regreso al hotel, en plena madrugada, pensé que Julia releería una vez más el poema de José Agustín, y pensé también en la Julia o en las Julias a quienes Goytisolo dirigía sus palabras. Pensé en mucha gente a la vez y reflexioné acerca de la sensación de impotencia que me agarraba convencido como estaba de que mis palabras no servirían de mucho a Julia, porque en determinadas circunstancias las palabras se desnudan de sentido práctico. Goytisolo es consciente de ello, cuando termina el poema utilizando el último recurso de su esperanza solidaria.

*Pero tú siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí,
pensando en ti, pensando en ti,
como ahora pienso.*

Robert SALADRIGAS